

Ademuz. Lo más antiguo que recuerdo de mi pueblo

Ángel Antón Andrés
José Hernández Cortés¹

Todavía tenemos en Ademuz una calle con el mismo nombre que el barrio al que pertenece: *Vallao*. Dicen que es el más antiguo del pueblo: el núcleo duro –en expresión moderna– de la población. En esa calle había un reloj de sol, al que los mayores llamaban “el cuadrante”. Estaba en la casa de la tía Manuela *la Narra*. Los números estaban pintados con tinta/pintura azul.

El cuadrante lo ponían siempre en la fachada que daba al sur. Como en las casas no había relojes, íbamos todos a mirar en el cuadrante qué hora era.

Los vecinos eran de toda clase y condición; así, vivía allí un turroneiro que se llamaba Jerónimo y su mujer, Justa; otro era al que decíamos *el Amolanchín* porque afilaba toda clase de herramientas además de cuchillos, tijeras, etc., es decir, los utensilios indispensables para las labores del hogar. Su nombre era Manuel; también habitaban allí los dueños, y a la vez obreros, de dos telares, primitivos y anticuados –que habían pertenecido ya a sus padres– pero con los que se ayudaban económicamente: el tío Germán y el tío Ramón *el Corbero*.

Asimismo habitaba allí un músico; bueno, mejor decimos un hombre que tocaba la guitarra y participaba en todas las albas y pasacalles que tenían lugar en Ademuz: el tío Jesús *el Torrijas*.

En este barrio tan pintoresco vivían también dos maestros de bajar madera (truncos de árboles) por los ríos. Se les daba el nombre de maestros porque sabían hacer y dirigir las armerías en las playas, o sea en las presas de los ríos. Tales armerías consistían en juntar tres palos de tal manera que con ellos, así juntos, cruzaban la balsa.

Y no faltaban tampoco los jugadores de cartas (naipes), en especial los que preferían la brisca. Normalmente jugaban en la Cueva del Solano; allí llevaban un cántaro de vino, o como mínimo un decalitro, y entre el juego y la bebida volvían a casa todos tan contentos, felices. Jugaban cuatro contra cuatro; ocho en total: el tío Cesario (Cesáreo), *el Moreno*, el tío Gorgonio, el tío *Santo*, el tío *Peseto*, el tío José *el Cardador*, el tío José *el Capullo*, el tío Vicente *el Sollejo*, el tío Julián *el Ojito*. Jugaban allí los domingos cuando hacía mal tiempo o nevaba; como en la cueva no hacía frío, iban muchos allí a pasar la tarde, lo que aprovechaba el tío Mariano *el Raneta* para vender quincalla.

¹ El artículo fue redactado por Ángel Antón Andrés (1926-2011), fundador del Instituto Cultural y de Estudios del Rincón de Ademuz (ICERA) y su primer presidente, según la información aportada por José Hernández Cortés (N. del E.).



Calle del Horno. Ademuz. Década de 1960. Foto Mario Guillamón Vidal. Biblioteca Valenciana.

Otra calle de este barrio era la calle del Horno, llamada así, supongo, porque en ella existía un horno (propiedad de la tía Adelina *la Morra*) que era público; es decir iban allí las mujeres del barrio –y, claro, también de otros– a cocer el pan que ellas mismas habían amasado en casa.

Existía también una tienda de ultramarinos que regentaba Dionisio *el Caracoles* y tenía también su negocio Carmen *la Turronera*, que fabricaba chupadores y peladillas que luego vendía por los pueblos en los días de las fiestas. Había también una taberna que pertenecía a la tía Manuela *la Puntica*. Una hija de ella, Esperanza, se creía –o por lo menos algunos opinaban– que no era todo lo recatada que la buena fama exigía y, dado que la maledicencia ha sido siempre muy acentuada en los pueblos, sólo faltaba que tuviera además una taberna para que las lenguas se desataran.

La cosa no paró ahí y llegaron algunos a pretender denunciarla y cerrarle la taberna. Afortunadamente no siempre triunfa el mal. El sargento de la guardia civil tuvo en cuenta que la tía Manuela era viuda y con cinco hijos, algunos aún pequeños, y se apiadó de ella. Le dijo que no tuviera miedo, porque si llegaban a denunciarla haría desaparecer cuantas denuncias llegaran a sus manos.

Vivía asimismo en el barrio un calderero que reparaba lo mismo los calderos para cocer las gachas que las sartenes, ollas de porcelana y demás peroles y cacharros propios del hogar. Para los calderos hacía clavos de cobre y para las sartenes y demás los hacía de hojalata. Al calderero lo llamaban *Anjito*.

Pero el más importante vecino del barrio era don José, el cartero. Era persona que, naturalmente, sabía leer y escribir; eso, para los vecinos, era algo que lo distinguía y elevaba por encima de todos ellos. No obstante, tenía mal carácter; no congeniaba con los vecinos, gritaba por menos de nada y tenía pocos amigos. Resultaba una persona rara en el ambiente de buena vecindad que allí reinaba. Para refiir a alguien cuando se extralimitaba y querían llamarle la atención, se le decía: “Eres más raro que don José”.

Otro de los vecinos era el esquilador –diríamos– de toda clase de animales: caballos, machos, burros, ovejas, etc. Recuerdo que cuando yo era muy pequeño me dijo mi madre un día: “Ves y que el esquilador te esquile ese pelo”. Y fui y me esquiló y me quedé tan campante. También vivía en esa calle un capador,

el tío Silverio; su actividad en el pueblo la ejercía mayormente en capar los cerdos; pero también sabía capar toda suerte de animales: caballos, burros, machos cabríos, mardanos... Era además tratante; es decir, traficaba comprando, vendiendo o cambiando animales domésticos en las casas adonde le llevaba el ejercicio de su profesión.

Siempre me ha llamado la atención el nombre de otra calle del barrio: calle del Muro. Me imagino que debe ser porque hasta allí llegaba la muralla del castillo que hubo aquí en la época medieval del que apenas quedan restos. Sea o no sea esta la causa, así se llama la calle incluso oficialmente. En esta calle vivía una mujer, la tía Ángela *la Loreta*, que se dedicaba a ir por los pueblos en fiestas vendiendo quincalla; con eso se ganaba bien la vida.

Existía una costumbre muy curiosa: El día de Navidad se guisaba una paella para los mozos que entraban en quintas, los quintos, o sea, los que irían al servicio militar el año siguiente. Esa paella la guisaban en una taberna de esta calle y a ella acudían los quintos a comérsela, después de haber cantado las albas y pasacalles propios de la Nochebuena.

La tía Serafina tenía en esa calle un horno de leña. Por aquellos años eran los únicos que existían en el pueblo; después se han instalado ya eléctricos, pero entonces todos eran de leña. Allí, claro, se cocía pan, pero también se tostaban los cacahuets para hacer turrón (el turrón barato, porque el caro se hacía con almendras). Allí tuvo su tienda también un arriero.

En la esquina de esta calle con la que sube por detrás del Ayuntamiento (calle del Empedrado) vivía la tía Ramona que se dedicaba a hacer medias. Su hija, Pilar, casada con Manuel *el Gachetas*, vive ahora allí, en casa de su madre. Hubo también, en tiempos pasados, una sastrería que regentaba Salvador *el Topera*.

Del que se conserva todavía vivo el recuerdo, de cuantos allí vivieron, es Pedro *el Curro*, uno de los ademuceros más forzudos que han existido. De él se cuenta esta anécdota: En la plaza del Rabal había un almacén de abonos y a él se dirigió un día este Pedro para comprar el que necesitaba para la siembra. Pidió 200 Kg. El Sr. Alejandro los dispuso en dos sacos y le preguntó cómo se los iba a llevar. "A las costillas", respondió Pedro. Alejandro no se lo podía creer. ¡Doscientos kilos por estas calles tan estrechas, empinadas y en mal estado! ¡Imposible! Pedro insistió en que podía llevarlos y añadió: ¿Por qué no me los da de balde si me los llevo a casa? El otro, picado, fanfarroneó: ¡Claro que te los doy, si los sub-



Calle Empedrado. Ademuz. Foto Raúl Eslava.



Cuesta de San Joaquín. Ademuz. Foto Raúl Eslava.

es! Pedro nada dijo, pero hizo que le cargaran los sacos...y se los llevó a casa. Así pudo sembrar aquel año sin gastarse ni un céntimo en el abono.

Con ello abandonamos la calle del Muro y pasamos a la de San Joaquín. Es muy corta; va desde donde termina el Rabal por detrás de la iglesia hasta la placeta de la ermita de San Joaquín; queda cortada por una bajada muy pendiente, la Cuesta de San Joaquín, que une la calle Muro con la de San Vicente, junto a la Plaza del Ayuntamiento.

En la calle de San Joaquín vivía el tío Miguel *el Perdigacho* que tenía una prensa y una machacadora para estrujar las uvas. Allí hacíamos el vino muchos del pueblo. El tío Miguel, como es natural, nos cobraba por usar tales aparatos; por cada diez decalitros que sacábamos, se quedaba con uno.

La placeta se llama también de San Joaquín porque allí está la ermita del mismo nombre que ha sido un tanto restaurada este año de 2009.

Todavía hay otra calle en el barrio del *Vallao*: la calle del Empedrado que es la que transcurre por detrás del Ayuntamiento hacia arriba hasta confluir con la calle del Muro. En ella vivió Manuel, marido de Emerita, que fue capador y tratante como su suegro, el tío Silverio. Pilar, hija de Manuel y Emerita, vive en Zaragoza, pero viene a Ademuz en visitas aproximadamente anuales, y cuida del buen estado de la casa de sus padres.

Hay en Ademuz dos hornos que producen el pan que alimenta a sus habitantes y a los turistas. Uno es el de Jesús Férriz, cerca de la carretera (hoy, Avenida de Valencia) que también vende el pan en un establecimiento de la calle Real (hoy, Mesón) y otro, el horno de Andrés Soriano, fallecido hace poco tiempo. Además de pan, hacen en él magdalenas



Ermita de San Joaquín. Portada. Ademuz. Foto Raúl Eslava.

(llamadas Elvira, en honor a su mujer) y cuecen también cuantas golosinas y pastas llevan los vecinos, haciéndoles un favor, como corresponde al clima de buena vecindad propio del barrio.

En la calle del Muro, ya hacia el Solano, vivía Manolo, el cartero de Ademuz durante muchos años. Era persona simpática y siempre de buen humor. Solía decir que en su cartera llevaba todas las mentiras del pueblo, porque en las cartas se escriben más mentiras que verdades. Broma que me recuerda aquella otra en que se decía que Don Jerónimo, farmacéutico de Ademuz, a todo el mundo lo purgaba con Agua de Carabaña, agua que sacaba de la acequia que atraviesa el pueblo. Humor que no falte.

Hemos recorrido el *Vallao* desde la calle del mismo nombre, en lo más alto, descendiendo paulatinamente por la ladera donde está asentado este barrio ademucero. La última calle, la situada más abajo, es la calle de San Vicente, de la que no vamos a hablar porque se la han dedicado ya varias páginas en *Ababol* (vid. nº 54, 55 y 56: verano, otoño e invierno de 2008).

Podríamos decir que el barrio del *Vallao* linda con la Plaza del Ayuntamiento, aunque la calle de San Vicente continúa después por el Descansadero abajo. Por si queremos incluir en el barrio dicha plaza, no estará de más mencionar la copla que los quintos cantaban siempre, a lo largo de los años, refiriéndose a ella:

Ésta es la plaza, la plaza,
ésta es la plaza, y no otra,
donde tallan a los quintos
y juegan a la pelota.

Y puesto que de coplas tratamos, no puedo por menos de citar, la que se cantaba al Portal del Solano que debe tomarse como muestra del acierto poético popular, por su lirismo natural, auténtico, humilde, lejos del engolamiento vacuo y cursi en que suelen caer los vates:

En el Portal del Solano
dicen que no vive *naide*;
viven la luna y el sol
y el lucero cuando sale.

A imitación de ésta, algún poeta anónimo compuso otra de carácter religioso:

En el Portal de la Iglesia
hay un cerezo guindal;
las ramas llegan al suelo,
las cerezas al altar.

Se supone que en Ademuz existieron en la época medieval cuatro portales que se cerraban durante la noche y, a veces, también de día, cuando acechaba algún peligro.